

Cela y Quevedo. La vida en el tintero

A José Antonio Fernández-Yáñez, amigo

“En España hemos llegado a tal grado de corrupción, hemos alcanzado tales extremos de golfemia pública que urge ponerle coto”.
(Camilo J. Cela, *El color de la mañana*. Espasa Libros, 1996)

En este año recordamos los cien del nacimiento de Camilo José Cela. Pocos como él han renovado y mejorado la lengua en estos tiempos. Está en la categoría de los creadores del castellano: Cervantes, Góngora, Quevedo, Valle-Inclán, Lorca. El Centenario del nacimiento del Nobel de Literatura es la ocasión de redactar un nuevo artículo que, respetando el mismo esquema del anterior publicado en este medio en mayo de 2002, ofrezca una mayor extensión y actualización de contenidos, recogidos en su mayoría del libro *Cela, retrato de un Nobel* (Ed. Aache, 2016): exhaustiva y particular biografía trazada por Francisco García Marquina, escritor y amigo cercano de CJC. (Cela explicó así sus iniciales -CJC-, “comer, joder y caminar”, convirtiendo los tres infinitivos en lema de su vida).

La devoción de Camilo José Cela por el castellano clásico le tuvo siempre conectado a la gran literatura de Francisco de Quevedo. Las analogías entre ambos hacen que Cela recuerde a Quevedo en su discurso del Premio Nobel: “Mi viejo amigo y maestro Pío Baroja tenía un reloj de pared en cuya esfera lucían unas palabras aleccionadoras, un lema estremecedor que señalaba el paso de las horas: todas hieren, la última mata (...). No sé donde pueda levantar su aduana la frontera de la vejez pero, por si acaso, me escudo en lo dicho por don Francisco de Quevedo: todos deseamos llegar a viejos y todos negamos haber llegado ya...”

En el inicio de *La familia de Pascual Duarte* (la novela más reeditada de la literatura española tras el Quijote): “Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo...”, se perciben ya las huellas de Quevedo, impresas en carta remitida a la condesa de Olivares: “Yo, señora, he sido malo por muchos caminos; y habiendo dejado de ser malo, no soy bueno, porque he dejado el mal de cansado, y no de arrepentido...”. Se observa también la similitud de estilo con el comienzo del *Buscón*: “Yo, señor, soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente, natural del mismo pueblo, Dios le tenga en el cielo...”

Del quevedismo más extremo le pudo surgir a Cela la combinación de realismo y tremendismo que colorea buena parte de su obra. Lo mismo que Quevedo en *El Buscón*, supo Cela en el *Pascual Duarte* retratar una época y definir al hombre que la habitó, con sus mezquindades y sus envidias, sus miserias y sus contradicciones, su salvajismo atroz, su soledad brutal, su desamparo. Camilo José Cela y Francisco de Quevedo son dos clásicos vivos, lo que significa que poseen una obra reflejo de la

cultura antigua, que responde a las expectativas actuales y que estará vigente en las generaciones futuras. Compadeceremos a Pascual Duarte, como admiramos a don Quijote y nos sentimos enganchados al pícaro genial Pablos.

A ambos se les ha tachado, con justicia, de virtuosos del idioma, de haber aunado a la perfección la lengua popular con la culta. La realidad es a veces tan disparatada, que hay que rebajarla para que sea verosímil. Cela, gran escrutador de las gentes y los sucesos, en la portadilla de sus *Historias de España*, cita sin más comentarios esta noticia de prensa: “Copenhague 29-N.N. de 74 años de edad, ha sido trasladado al hospital por sufrir un extraño envenenamiento por humo. N.N. se durmió cuando se hallaba sentado frente a una estufa, que fue quemando su pata de palo”. (ABC, 30-9-64).

Fue Camilo un escritor desenfadado, como se puede ver por estas palabras de su autobiografía: “En mi casa echaron las campanas al vuelo cuando nací; fue muy festejada mi decisión de haber nacido macho y no hembra y, con ella, me apunté al primero y uno de mis escasos éxitos familiares. Cuando se trata del ganado vacuno pasa al revés, es curioso”.

Quevedo, de manera burlona, dijo de sí mismo: “Mal bueno y buen malo he sido/, más me valiera no ser/”, poderosas razones que le hicieron disparar, como una flecha, este maldiciente anhelo: “Murieron luego mis padres/; Dios en el cielo los tenga/, porque no vuelvan acá/, y a engendrar más hijos vuelvan/”.

Consideramos que a aquellos progenitores les tocó la tarea de soportar a un genio a su lado. La excelencia también tiene su cruz, pues en el caso de Cela, persona creativa y fascinante, la convivencia con él tampoco era fácil. Su madre solía decirle: “Qué alegría hijo mío cuando vienes a casa, y qué alivio cuando te marchas”.

Sus antecesores también fueron gentes singulares, entre los que se cuentan el mariscal Pedro Pardo de Cela que jugó el naípe de la Beltraneja y perdió -con la partida- el gonzate, don Claudio Montenegro que se consideraba pariente de la Virgen María, su bisabuelo John Trullock fabricante de velas de sebo al que le hundi

dió Edison cuando inventó la luz eléctrica. A su antepasado el beato Fray Juan Jacobo Fernández de Montenegro, Camilo lo ha citado repetidas veces en sus libros por su vida virtuosa y especialmente por su santa muerte en el martirio, que se describe detalladamente en *Mazurca para dos muertos*. Al fraile lo tiraron desde el campanario de la ciudad de Damasco después de intentar en vano que apostatase. Como además de cristiano era gallego, sobrevivió a la caída y fue necesario cortarle la cabeza al día siguiente, 10 de julio de 1860. Fray Juan Jacobo murió confesando la fe, pues a los verdugos que le atormentaban y le



“Mi cuerpo deberá ser cubierto con tierra y sin más piedras que las de la losa”
(Disposición testamentaria de Camilo José Cela).

EURO REPAR
CAR SERVICE

EMPRESA DISTRIBUIDORA DEL GRUPO P.S.A

CITROËN **PEUGEOT**

TALLERES LA ESE, S.L.

VENTA Y REPARACIÓN DE VEHÍCULOS NUEVOS Y USADOS - MECÁNICA, CHAPA Y PINTURA - REPARACIÓN EN BANCADA

c/ La Ese, 3 - Tel./Fax: 926 350 058 - Villanueva de los Infantes - Emails: laese@yahoo.es • contacto@talleres-laese.es